

Jean-René AYMES (Ed.)
La imagen de Francia en España durante la segunda mitad del siglo XVIII.
Alicante, Fundación Juan Gil Albert, 1996.

El profesor Jean-René Aymes ha impulsado la posibilidad de borrar fronteras pirenaicas a través de un ambicioso proyecto integrado por un nutrido grupo de historiadores. Hispanistas franceses de la Universidad de París III-Nueva Sorbona junto con diversos investigadores españoles, dirigidos por el propio doctor Aymes, han formado un equipo de trabajo, el CRODEC, encaminado a avanzar en el estudio de «los orígenes de la España contemporánea» en el siempre impreciso momento de la ruptura del Antiguo Régimen.

En la segunda mitad del siglo XVIII y en la primera del XIX, entre la llegada de los Borbones al trono español y las consecuencias de la presencia napoleónica en suelo peninsular, la visión recíproca de Francia y España, en múltiples aspectos y todos ellos muy diversos —como la configuración administrativa o los influjos literarios—, pudo ir alterándose sobre unas bases constantes de recelos mutuos.

Su objetivo es, por tanto, analizar las influencias y contactos recíprocos, así como también los conflictos, con la finalidad de ofrecer *la imagen del otro*: España vista desde Francia y viceversa. Y su primer gran resultado práctico es esta primera publicación, fruto elaborado de los resultados del primer coloquio universitario franco-español sobre esa misma temática (en el que tuve la suerte de ser inclui-

do, pero en el cual, al final, no fue posible mi participación) celebrado en París en el mes de diciembre de 1993.

Debido a la orientación del proyecto y a la condición de Actas de dicho congreso, esta publicación, claramente homogénea en sus objetivos, presenta, no obstante y por eso mismo, una necesaria heterogeneidad de capítulos de estudio y enfoques diversos.

Lógicamente, debe partirse del *Peso de la Historia* para, atendiendo a la introducción en España —en Madrid— de las *Modas y Modelos Franceses* —con su dicotomía fundamental de *seducción y rechazo*— y a las *Imágenes Literarias* galas en nuestra narrativa (es decir, advirtiendo el influjo ilustrado de la cultura parisina en la corte y en la sociedad hispana), concluir con la siempre 'complementaria panorámica contraria: *Las Miradas Españolas sobre lo Extranjero* y un aspecto que personalmente considero clave como enfoque a seguir: *Las Constantes y Fluctuaciones en la Apreciación del 'Carácter Francés'*.

Quedan así perfectamente reflejados, siguiendo los títulos de los cinco capítulos de esta obra colectiva (compartimentados aunque profundamente integrados y complementarios), los fundamentos de este ambicioso proyecto de investigación, al que auguramos continúe durante el mayor tiempo posible esta línea de trabajo interdisciplinar modélica.

En este encuadramiento temático y funcional se integran las 18 ponencias-artículos que resumen, abriendo fecundas vías de análisis: *L'image de la France en*

Espagne pendant la seconde moitié du XVIII^e siècle.

Pese a las dificultades que entraña toda valoración de una obra colectiva tan amplia, que debe integrar cada una de las partes —sólo a primera vista poco relacionadas en cuanto a temática— en un todo, de hecho homogéneo y coherente, trataremos de comentar cada apartado, buscando el hilo conductor que le alumbraba y sus conclusiones generales.

François Lopez, Lucienne Domergue y Emilio La Parra se centran en estudiar cómo una minoría ilustrada, imbuida de un nítido espíritu reformista —eso sí poco predisuelta a la subversión heterodoxa de cualquier género y máxime en lo referente a la Iglesia institucional católica—, deseaba con ardor la introducción de las nuevas ideas transformadoras y eliminadoras de todas las máculas que con tanta frecuencia frenaban la propagación de los avances en España; por eso se analiza también el omnipresente control inquisitorial sobre toda desviación moral visible entre la colonia de extranjeros —de clérigos, de comerciantes, de políticos, de pobres vagabundos..., franceses en el 42% de los casos—; y se tienen en cuenta las interesadas relaciones —personales y nacionales— suscitadas entre Manuel Godoy y Napoleón desde 1804, y que tan importantes consecuencias supusieron para el desencuentro franco-español posterior.

Sobre esa base histórico-política, se analiza el calado más público y externo de los modelos afrancesados en la España de la segunda mitad del siglo XVIII: tuvieron tanta aceptación como rechazo; seducían y eran criticados por distintas razones y grupos sociales. Por eso, desde la óptica de historiador, este capítulo —presentado por Javier Fernández Sebastián, Juan Francisco Fuentes, François Etienne e Inmaculada Urzainqui Miquel— es muy novedoso y de un gran interés cultural. A través de la introducción de los cafés en Madrid —tanto su propio consumo como por las consecuencias del nacimiento de tertulias y foros de

debate ante sus siempre repletas mesas—, de modas innovadoras en el vestir —tan parisinas y novedosas como ‘anticastizas’—, en el hablar (demostrando también así vivencias y concepciones muy diferentes a las dominantes), en el escribir (repleto de terminología extranjerizante) y en el pensar —tras la lectura de periódicos como *El Censor* o el *Corresponsal*, donde aparecen continuas referencias críticas a ‘lo francés’—, pueden apreciarse las influencias foráneas, y su grado mayor o menor de asentamiento y aceptación. En definitiva: «el español se ríe y se mofa del francés, pero en el fondo trata de adoptar e imitar muchas de sus costumbres»; marcando un interesante y modernizador choque cultural, visible en la antítesis entre lo castizo y lo foráneo —defendibles ambos desde distintas ópticas—.

Nathalie Bittoun-Debruyne, Patricia Mauclair, Joaquín Álvarez Barrientos y M^a José Alonso Seoane, por su parte, pasan revista a las «imágenes literarias» cruzadas —del teatro francés, de los sainetes castellanos y de la novela— entre los dos países durante el Setecientos, atendiendo al patente influjo y a la imagen francesa proyectada en España. Así, el neoclasicismo de la dramaturgia gala, no obstante algunas visiones literarias peyorativas sobre el modo de ser de los franceses, iba ganando adeptos frente a la mediocridad del teatro español. Se conjugaba, en definitiva, un moderno modelo extranjero a imitar —una copia técnica de la calidad narrativa y temática de lo foráneo— con una defensa de lo propio a través de la crítica a numerosas ridiculeces e inmoralidades extrañas —personificadas todas en los petimetres.

Los encargados de verter las consideraciones sobre «las miradas españolas sobre lo extranjero» —Michel Dubuis, Francisco Lafarga, Carlos Ortiz de Zárate y Claude Morange— revisan la imagen brillante, espectacular, idealizada y ejemplar parisina —con su hegemonía civilizadora de progreso— juzgando negativamente a la española por contraste. De todas ellas se extrae una Francia diversa:

una admiración por su cultura modélica, fundamental, pero que también es crítica —matizada o no— debido a los defectos atribuidos tradicionalmente a los franceses; y de forma comparativa, partiendo de la postración y falta de progreso en que se encuentra la civilización peninsular, se trata de que cunda entre los españoles aquel ejemplo avanzado para «ser útil a la patria». En los relatos de los pocos ilustrados españoles que pudieron conocer personalmente los ambientes del París de finales del siglo XVIII se advierte una mezcla de fascinación y decepción —final postrevolucionaria.

Los tres últimos estudios de Joaquín Labrador, Jean-René Aymes y Alberto Gil Novales, sobre las «constantes y fluctuaciones en la apreciación del 'carácter francés'», ponen broche final a este libro, glossando de forma magistral las claves y los momentos fundamentales de la forja definitiva de la francofobia. La tradicional ligereza, frivolidad y volatilidad francesa se convierten, con la trama revolucionaria, en un peligro para España, en donde proliferan los calificativos peyorativos contra los sanguinarios, deshumanizados y demoníacos vecinos del norte; al condenar la Revolución se satanizó definitivamente a todo aquel pueblo, y de la admiración hacia la renovada cultura gala se pasó a la convicción de su ligereza, inconstancia, soberbia, barbarie animal, 'desnaturalización' y degradación —«infeles, judíos, herejes y protestantes», pérfidos, corrompidos, viciosos, asesinos, canallas, depravados, altivos, orgullosos y violentos—, totalmente contrapuesta al 'carácter' español.

Todos estos enfoques constituyen las claves analíticas para comprender los encuentros y rechazos mutuos, y sobre los que se propone continuar las investigaciones; introduciendo incluso otros campos, como puede ser el de las relaciones comerciales.

Pasemos a comentar, brevemente, el contenido de cada aportación.

En torno al *peso histórico*, el versado hispanista sobre las ideas, los libros y la

cultura, F. Lopez, resume —en nueve puntos— las claves de lo que una minoritaria élite esperaba, para mejor, del influjo ilustrado francés, dentro de unos fundamentos nada revolucionarios y sí progresivamente reformistas: acabar con el desgobierno político, la vinculación eclesiástica, los privilegios nobiliarios o el valor absoluto de 'la tradición' como suprema ley de verdad; para provocar, desde la renovación intelectual, los cambios políticos y económicos, primero, que llevasen y condujesen después a otros espirituales y de mentalidad colectiva.

El profesor Domergue analiza como un 10% de los procesos inquisitoriales (de las alegaciones fiscales) conservados entre 1790 y 1815 incriminaban a extranjeros, de los que 168 hacen referencia a franceses (un significativo 4,25%). Los altos porcentajes de ultrapirenaicos —soldados, libreros y comediantes más los anteriormente señalados— inmersos en procesos por superstición, sacrilegio, brujería, bigamia —sodomismo y bestialismo—, blasfemias, proposiciones y lectura de libros prohibidos o acusados de judaizantes, calvinistas o jansenistas ante los tribunales de la corte madrileña, en Barcelona y en el de Zaragoza (también en Logroño, Valladolid, Valencia, Canarias o Sevilla) son significativos del clima de defensa a ultranza de las barreras fronterizas levantadas contra los herejes del norte en los momentos clave de máxima tensión postrevolucionaria. Para clarificar su importancia desciende de lo general a lo particular a través del estudio de cuatro casos modélicos.

Por su parte, E. la Parra, advierte que desde el momento en que Napoleón es coronado emperador en 1804 quedaron fijados definitivamente los intereses de Godoy. El deterioro de la monarquía hispana y el fortalecimiento de los partidos 'aristocrático' e 'inglés', es decir, la oposición a su ambición, provocaron que éste buscara por todos los medios garantizar su seguridad personal y su futuro como gobernante, lo que repercutió en un replanteamiento general de la política

exterior española —subordinada a sus intereses. Convencido del poderío galo, no dudó en mantenerse fiel aliado de Francia y confiar, con todas las concesiones que ello supusiese, en sus buenas relaciones con Napoleón. Esas fueron las razones de la firma del tratado de Fontainebleau en 1807 y la consiguiente entrada de las tropas francesas en la Península Ibérica.

Dentro ya del segundo apartado, en el que se aborda la dicotomía *entre la seducción y el rechazo*, J. Fernández examina los primeros cafés como focos de irradiación de la cultura y de las modas francesas —entendidos como cauces de socialización de la opinión pública. En Madrid, en Sevilla y en otras ciudades portuarias, consumiendo públicamente el café, además, se abrían paso las discusiones y la difusión noticiara en aquellas *casas públicas de conversación*. Vehículos de modernidad, por tanto, no por ello dejaron de suscitar recelos entre los moralistas y los poderes públicos, al ser centros de promiscuidad, de disolución de la sociedad, de órdenes imperantes —al primar en su interior el afrancesamiento foráneo— y de fermentación política e ideológica —como instrumentos de subversión y agitación—, donde se seguían las costumbres francesas —frente al castizo chocolate—, se lucían los frívolos nuevos hábitos y hasta se leía el periódico.

Iba calando «el hablar, vestir, pasear y aun jugar a lo francés» a través de estos canales de sociabilidad informal y no muy institucionalizados —frente a la académica Ilustración oficializada y tutelada— que difundían, cotidianamente y *por abajo*, las nuevas ideas entre el amplio medio popular; aspectos en los que se detienen también J. F. Fuentes, F. Etienvre e I. Urzainqui.

A través de la moda, el lenguaje y la escritura investigan como *lo francés* —con sus valores sociales, culturales, de heterodoxia y de nuevo estilo de vida— definía el afán de modernidad de las minoritarias clases dominantes españolas urbanas. El choque cultural subsiguiente, con sus

enconadas defensas y protestas de legitimidad, diferenciaba nítidamente al instintivo casticismo plebeyo —marcado por su galofobia— del pecaminoso afrancesamiento propio de las élites ilustradas —de los *modernos*— con sus revolucionarios y subversivos galicismos ('francesismo', 'moda', 'remarcable') y los peinados, pantalones, pañuelos, chalecos y bastones de aquellos «malditos petimetres enharinados». Todo lo cual no significa otra cosa —como también muestra el interés crítico de *El Censor* por el pensamiento ilustrado, cuyo objetivo era mejorar España— que a los españoles les preocupaba mucho lo que pensaban sus vecinos galos: frívolos, pero con raciocinio, capacidad crítica, cultos y avanzados.

Las *imágenes literarias* conforman el tercer capítulo. Al no ser especialista en el tema, resumimos aquí sus conclusiones. N. Bittoun-Debruyne señala que Mariano Luis de Urquijo descubrió en el teatro francés un modelo a imitar; bajo la entusiasta influencia de Voltaire, censuraba abiertamente el desarreglo de la narrativa hispana, convirtiéndose en un firme defensor de todos los argumentos a favor del neoclasicismo y contrario al más que mediocre modelo contemporáneo. En la misma línea, para P. Mauclair, Ramón de la Cruz incorporaría en sus sainetes el tema de lo francés, mezclando una defensa mordaz del afrancesamiento en el hablar y en el vestir con una denuncia de la imagen peyorativa y repulsiva —«ridículos, despreciables e inmorales»— proyectada por los vecinos galos. Por su parte, J. Álvarez concluye que esa imagen presenta dos caras complementarias e igualmente tópicas: la del petimetre —sátirica y crítica— frente a la que valora su civilización modernizadora basada en la buena educación; planteando así la dicotomía, por lo general siempre ambivalente, entre la modernización secularizadora galicana —que entra en España vía la traducción de las obras de Marín o de la condesa de Genlis— encontrada con su ejemplo nocivo y subversivo inaceptable. Finalmente, M^a J. Alonso, enlazando ya

—‘mirando’— al capítulo siguiente, certifica la adaptación de los modelos franceses, fundamentalmente los relacionados con su tradición, a través de la serie de viajes educativos conducentes a visitar y admirar París por su riqueza cultural —recopilados por Pablo de Olavide en sus *Lecturas útiles y entretenidas*; aunque sus referencias a Francia son escasas y algunas muy dependientes de originales galos, esta colección de 21 novelas, conectadas todas con temas ilustrados, muestra un cierto ocultamiento de lo francés y su imagen negativa, dentro siempre de su francofilia.

Las *Miradas españolas sobre lo extranjero* se reflejan, primeramente, en las *Memorias literarias de París*, de Ignacio de Luzán —1751—, pues (según M. Dubuis) la profusión de instrumentos culturales concentrados en la capital francesa —el Collège Royal, la Sorbona y las Academias, y su «gran número de libros sobre todas las materias científicas y artes»—, junto a su amplia vida teatral, definen el ‘espíritu de un país’ a imitar, dado que —gracias al apoyo de sus autoridades—, la literatura, la educación y la sociabilidad alcanzaban allí un grado de calidad elevado muy envidiable. También, como advierte F. Lafarga, la *Década epistolar sobre el estado de las letras en Francia* (1781) que supuestamente envió el duque de Almodóvar a un imaginario correspondiente en Madrid desde París (correspondencia ficticia, en parte traducción de *Les trois siècles de la littérature française* pero incorporando referencias prestadas por la *Encyclopédie* junto a opiniones personales) quieren mostrar en España las novedades literarias y teatrales parisinas: su talante ilustrado se combina con su patriotismo regeneracionista para apostar por el progreso cultural e intelectual español. Y hasta Canarias, de la pluma de José Cavanilles y Viera y Clavijo —1777-1789—, también llegaban las noticias de los espectáculos parisinos; las relaciones epistolares de estos dos clérigos reflejan tanto la fascinación que ejercía la capital del Sena —hasta llegar «al entusiasmo místico»—

como un cierto alejamiento de dicha ciudad: apasionados de su vida cultural, no dejan de criticar su insalubridad; en el marco de la Revolución Francesa (momento en el que se centra C. Ortiz), manteniéndose neutrales e identificándose con su brillo, lujo y luz, sancionaban abiertamente la notable imagen de barbarie popular existente. Por último, C. Morange, preguntándose por la escasez de relatos de viajes ultrapirenaicos —reconoce múltiples obstáculos institucionales y culturales—, nos muestra a un Antonio Ponz (en su *Viage fuera de España*) confirmando ‘lo que ya sabía de antemano’ del país vecino, con la clara finalidad de ser útil a su patria: como tantos otros, desde su ilustración moderada y optimista, pretendía rebatir las opiniones peyorativas vertidas por los viajeros franceses sobre la España contemporánea; por eso, todo lo que vé —utilizándolo como instrumento de conocimiento— se compara con la realidad hispana animado por instruir a sus compatriotas («así es como debían estar»; «es como yo quisiera ver...»); aunque no por ello deba imitarse ni envidiarse todo y hasta llegue a aprovechar sus defectos para hacer una cierta apología nacional.

Constantes y fluctuaciones en la apreciación del ‘carácter francés’ es lo que plasman armónicamente y por último J. Labrador, J.-R. Aymes y A. Gil. El primero de ellos se fija en las escasas referencias neutrales o amistosas aparecidas en el *Semanario Erudito y Curioso de Salamanca* (1793-1798) sobre los franceses —Fénelón o Descartes; por el contrario— al servicio militante del asentamiento moral, religioso y filosófico del absolutismo y del catolicismo—, y máxime cuando la guerra revolucionaria se extiende, se les deshumaniza y diaboliza, atribuyéndoles todos los vicios y pecados capitales posibles: aunque fuesen gaceteros de concepción ilustrada, ante los temores suscitados por su invasión militar e ideológica, no dudan en tacharles de enemigos contra los que hay que defenderse dada su condición de pordioseros, desagradecidos, codiciosos, envidiosos, avaros, traidores,

pérfidos, sediciosos, libertinos, corrompidos, canallas, crueles, feroces, sanguinarios, destructores, 'anticristos'... Tendencia progresiva —desde una cierta 'bondad' admirativa— de aversión hacia todo lo francés, cuya frecuencia e intensidad se corresponde perfectamente con el período bélico revolucionario, sobre la que vuelve a insistir, globalizándola, el profesor Aymes. En fin, A. Gil repasa toda la amplia serie de críticas literarias y políticas conservadas contra la 'ligereza' francesa desde el siglo XVI hasta la Guerra de la Independencia; y como dicha descalificación se fue acentuando, de la mano de Feijoo, fray Diego José de Cádiz, Capmany... en libros, panfletos y periódicos, hasta su eclosión condenatoria tras 1789, cuando todos los franceses, además de frívolos, pasaron a ser unos detestables revolucionarios, sanguinarios, enemigos invasores, frente a un pueblo español profundamente pacífico y amante del orden.

En definitiva, se analizan en profundidad diversos aspectos de gran interés para el conocimiento histórico mutuo, a la vez que se abre la puerta (como se señala en el propio epílogo, al considerar —más que de forma autocrítica— las múltiples tareas aún pendientes) para continuar esta fructífera línea de investigación interdisciplinar y sin fronteras estatales ni académico-cronológicas.

Máximo García Fernández

TORREMOCHA HERNÁNDEZ, Margarita
La vida estudiantil en el Antiguo Régimen.
Madrid, Alianza Editorial, 1998.

En el mismo estilo y tono de este libro, magníficamente redactado, debe entenderse esta visión de la Universidad —siempre escrita con mayúsculas— del Valladolid antiguo.

Muy correctamente enmarcado cada tema que toca en la Historia Local y en la de España del Antiguo Régimen —sus

citaciones y apreciaciones bibliográficas y literarias son pocas pero muy acertadas siempre—, permite descubrir innumerables realidades cotidianas desde el ángulo de su transgresión.

Mezclando con habilidad la legislación con la práctica común, aparece la principal hipótesis de trabajo de esta obra: todas las grandes posibilidades que ofrece la documentación judicial de una institución con jurisdicción privativa —desparecida en otras universidades castellanas y muy poco utilizada hasta ahora— para mostrar los roces con otros poderes y las diferencias existentes entre norma y práctica. Por este medio puede también aseverarse que los conflictos jurisdiccionales se sucedieron ininterrumpidamente entre la Real Chancillería, el Ayuntamiento y la Universidad, en las personas de sus alcaldes del crimen, el corregidor y el rector —y sus rondas particulares—, procurando todos la defensa de sus respectivos privilegios. Así se entiende que el tribunal escolástico siempre actuara con mayor contundencia con las posaderas, el resto de los poderes civiles o contra cualquier denunciante vallisoletano-na, que con sus propios estudiantes.

Claro que se aprendía en Valladolid, pero como muchos no llegaban hasta pasado San Martín y «en entrando la quaresma los montañeses, que son la mayor parte que acude a la Universidad, y vizcaínos y riojanos, se van a sus tierras por ser pobres la mayor parte» apenas si permanecían en la ciudad unos escasos cinco meses. No obstante, durante ese tiempo dejaron innumerables testimonios vivenciales de incalculable valor para el estudio de la historia de las mentalidades.

Su índice resulta muy completo —que nadie busque tunos (que sí tunantes), puesto que no hay constancia de su existencia en los pleitos universitarios, lo cual parece un indicador muy válido para mostrar su ausencia. Suscribimos la necesidad de la presencia de todos los capítulos; sin embargo, el IV: *Entre la inopia y la abundancia* podría reducirse; el X —sobre la *Picaresca*— podría haber esta-